

LOS LIBROS

I

La noche, el Clavel y la Rosa, Sonetos de RAFAEL LOZANO.
Caracas

Bello título de selectas producciones líricas que la proyección sentimental de nuestra vivencia de hoy —infortunadamente cargada de decenios de experiencias— promueve a imaginar la sucesora del día, no sólo en su sentido propio sino además, en su dramática significación metafórica de obscuridad hacia la cual se dirige la existencia humana con el fracaso final de toda individualidad viva en cuanto ella es objeto de comprobación empírica y demostrable.

El poeta siente así la noche, calándole hasta el tuétano, y al buscarle una significación a su realidad personal y su circunstancia, se ve impelido a crear la rosa ("Poetas, no cantéis la rosa, hacedla florecer en el poema": Vicente Huidobro). Pero no basta la rosa, tan pura en su efímera pompa reminiscente, tan semejante al amor en su atmósfera de delicada fragancia. Eros encontró en el perfume tenaz del clavel su mayor expresión apasionada. "Amor de sangre y luz, pasiones locas".

"La noche, el clavel y la rosa — son la esencia de la pasión, el motivo de la canción — y la gracia maravillosa". Y es que en el fondo —como toda obra lírica "es una querulencia", una queja vibrante de hermosura—, cantamos la noche añorando el día, así como en las tragedias de Eurípides los que van a morir se despiden de la vida con las palabras sacramentales: "Adiós, luz dulce y amada".

Es la angustia existencial, "el perdimiento en el universo" lo que nos hace aterrarnos a las cosas y su acentuación más patética que es el arte: la rosa y el clavel que se hinchen de contenido vital florecidos en la poesía durante la noche, que exalta su belleza.

Así con intuición y forma admirables por su novedad, característica de

todo el volumen, el poeta Rafael Lozano captará estas tres vivencias fundamentales:

“La noche.

“Llegaste de puntillas, donairoso — envuelta en los jirones del ocaso — y vienes en mi busca, paso a paso, — con ternera longánima de esposa —. Si la inquietud mi soledad acosa — con terca pavidez frente al acaso — mitigas la aflicción donde me abrazo — misericorde mística y mimosa. Oh noche sin ruido, clara y dulce, pues te acercas letífica y amante, — procura que mi voz clara impulse — la magia de tu luna y tus estrellas: — Muéstrate siempre así, Musa constante — y *dame el don de las palabras bellas*”.

Lo que el vate pide a la noche es, pues, nada más ni nada menos que el verbo de la belleza, que a ella generosamente le concede, y se enciende para exaltar la trascendencia poética y erótica del clavel.

“¡Clavel, clavo candente, clave y flama! — Ignito vaso cuyo arder sofoca y tu especia cantáridas evoca — en escenografía de diorama. — Insignia del amor en oriflama; — lírica sugerencia, miel y boca: — Tu voluptuosidad luces barroca — y *luces pirotécnicas derrama*. — Te asocias a las rejas de Sevilla — y del alféizar vas a la mantilla — para ofrecerte al hombre enamorado. — Por tu color y aroma, clavel, eres — atributo de todas las mujeres, — pues saben del amor, o lo han soñado”.

Dionisiaca exultación magistralmente disciplinada en un soneto como una danza de Grieg en la castigada forma de unos rápidos acordes llenos de fuego.

Al clavel dionisiaco sucede la “rosa” apolínea. Como a la orgía báquica, la apacible sophrosine en que la razón gobierna al instinto oscuro y germinante:

“Rosa eterna, de mítica arrogancia, — laberinto de raso es su ornamento — y, tal como el cerebro al pensamiento, — en circunvoluciones de fragancia. — Turgente concreción de la prestancia, — integras deleznable encantamiento — y te deshaces sólo con el viento — por tu imbele y efímera sustancia. — Aleación de inquietud y de quimera — en el verano, la estación postrera — donde expones tu hermético atavio. — Eres bella ilusión de mi quebranto, — húmeda en el beso del rocío — que en tu corola me figuro llanto”.

El lector menos perspicaz advierte que esta rosa del poeta es enteramente suya, distinta de las diez mil que otros han hecho florecer: y que al vuelo lírico se une el vuelo metafísico, casi natural en quien ha hecho traducciones tan fieles del gran Paul Valéry. La Asociación del “crespo” vestido que luce la reina de las flores con las circunvoluciones del cerebro induce a concebir nuestra conciencia como rosa de privilegio. Ni falta el virtuosismo de las paronomasias y juegos de palabras de quien domina la técnica literaria, subrayados en el soneto anterior y que a menudo reaparecen en el volumen:

Tu voluptuosidad *luces* barroca — y *luces* pirotécnicas derrama. “No ha olvidado el aspecto lúdico de la expresión poética”, fiel a lo sostenido en el prólogo del libro. No en vano el poeta es compatriota de Xavier de Villaurrutia que escribió aquella deliciosa logomaquia lírica:

*Y tu voz que madura
Y tu bosque madura
Y tu voz que ma dura.*

No hay discusión más necia que la provocada en torno al soneto o a cualquier forma de expresión lírica, metrificada o irregular, rimada o libre; ceñida o irrefrenada; disciplinada o arbitrariamente móvil. De pronto se nos viene a la memoria la frase de Barbusse en su hoy olvidado libro *El Infierno*: "¿La forma del amor? ¿Qué importa la forma? ¡Se aman y eso es todo!" Lo primordial es el Eros platónico en su clímax genial, que asciende del amor biológico hasta su culminación en el amor que siente el filósofo por las Ideas. Lo cardinal es la sensibilidad privilegiada de los verdaderos poetas que galvanizan el verbo y lo convierten en su forma más adecuada: Salomón o Walt Whitman en la indómita elocución paralelística son tan grandes como el Petrarca, Dante o Paul Valéry, que trataban de constreñirse enteramente a una disciplina métrica numerable, coincidiendo con Leonardo: "El arte nace de la dificultad, crece con la coerción y muere con la facilidad". Además, ¿por qué protestar tanto contra las reglas, cuando es tan fácil dominarlas en el ejercicio constante? De lo que parece desprenderse una verdad que no por ser de Gedeón no suele considerarse obvia: que para que se produzca poesía, lo único esencial es que haya un poeta. Como en el lúgubre reverso, para que se cometa un crimen, lo único indispensable (sí, señores penalistas) es que haya un criminal.

Y poeta es Rafael Lozano como Sirio es una estrella, y su libro de Sonetos escintila belleza como — en la Noche donde el Clavel y la Rosa prestigian perfumando el ámbito sobrecogido —, el Alfa del Can Mayor, con su punzante diástole y sístole de luz eleva nuestro espíritu por encima de mezquinos afanes terrenales.



No es una página efímera sino un ensayo bien meditado, que no tenemos tiempo de realizar, merece este despliegue de capacidad poética múltiple que don Rafael Lozano nos ha ofrecido ahora como espectáculo de dominio sobre un género y una estrofa difícilísimos. Metros, rimas, distribución de los elementos, influencias de escuelas disímiles, temas y motivos que oscilan entre el intimismo lírico, los cuadros de ambiente histórico o actual y el comentario a una obra musical, una danza clásica o un baile popular, academia y folklore, se suceden rápidamente en este centenar de sonetos, cuya elocución diríase inspirada por el consejo de Quevedo y Villegas: "Remudar vocablos es limpieza".

Sin embargo, nuestro corazón no se resigna al punto final, sin reproducir los versos más emocionados y emocionantes del libro:

1. *Canción de la lluvia.*

"La lluvia, la lluvia lenta — la lluvia tenue, la lluvia gris — está cayendo sobre París — y le da facha de Cenicienta. — La lluvia larga no se violenta, — pero las calles moja en un tris — mientras rebotan granos de anís — en todo cuanto se posa o tienta.

"Desde ayer noche se deshilacha — como el vestido de una muchacha — que triza el viento color de gris. — Y yo me siento muy solo y triste — por esta lluvia gris que persiste — y está cayendo sobre París".

II. *La vida.*

"Mi sino es trayectoria de tangente. — Voy por la periferia de la vida, — barrera circular ante mí erguida, — y observo desde fuera, más ausente. — Miro el afán, el tráfigo, la gente — en pos del ideal, enardecida: — Cuanto de bello a disfrutar convida — y para mí vedado solamente.

"Cruza el Amor del brazo por la calle: — El dice a la mujer amables cosas — y la ciñe orgulloso por el talle. Yo marchó solitario. Es primavera. — La vida es un jardín lleno de rosas — cuyo aroma respiro desde fuera—".

Canción de primavera en invierno, cuya dramática médula es también nuestra, vida vivida en el descenso cuando ocupan el foco de la conciencia los versos prematuros de Antonio Machado: "Ya nuestra vida es tiempo y nuestra sola cuita — son las desesperantes — posturas que tomamos — para aguardar". ("Al borde del camino nos sentamos").

Y concluiremos el reencuentro espiritual con este lírico multiforme y sabio, capaz de elevar al plano poético la meditación filosófica y la inquietud metafísica lo mismo que el enigma psíquico (véanse entre otros "El Sueño", "La Mariposa"), identificando su "Plaisir d'amour" (pág. 127) con nuestra experiencia amorosa de la patria vivida en los últimos cortos meses que el Destino nos ha consentido:

"El pasajero instante nos ofrece la vida. — Nada más nos ofrece el efímero instante — de amoroso deliquio. Y después la partida, — la partida y el llanto y el corazón sangrante. — El placer de amor dura más un momento — y la pena amorosa es perenne tormento".

II

La niña del Japón. Poesías de PASCUAL VENEGAS FILARDO.

Caracas

Te conozco bien, niña del Japón. Semejas mi nostalgia de Chile cuando vuelvo a Venezuela, mi añoranza de Venezuela cuando resido en Chile.

Eres como hecha a la vez de sustancia solar y lluvia, de luz y rocío, pero sobre todo de lágrimas. Un poeta conterráneo mío, de pulso segurísimo, te ha dibujado maravillosamente en una exposición de acuarelas refinadas, diáfanas, que una claridad urania ilumina. Podría haber repetido con Juan Ramón: "Tu corazón y el mío son dos prados en flor que une el arco iris". Esta vez el grácil meteoro se extiende entre dos latitudes distantes y diversas, y cobra actualidad el verso de Cruchaga: "Eres más bellas cuando estoy más triste".

Tu cuerpo de marfil, tu suave y duro contorno de ídolo, el exótico ensueño de tus ojos oblicuos, la dorada atmósfera de juventud que te envuelve, tus pasos sigilosos, el don de tus breves manos delgadas se destacan sobre la pintoresca y delicada geografía de tu milenario archipiélago de leyenda.

¿Eres carne de crisantemos o rosas? ¿Eres realidad tangible o proyección sentimental capaz de crear enérgicamente una objetividad bella, temblorosa, exquisita, móvil, llena de colores y tenues matices, de sonidos y susurros sugerentes con que se anima un mundo remoto en el espacio, pero alojado ha tiempo en nuestro corazón por su infernal sufrimiento de una hora? ¿Eres la sonrisa virginal después de la tragedia?

Te sentimos, no obstante la desnudez estatuaría, como envuelta en áureo velo de ultraterrenal urdimbre platónica. El tacto, la maestría y la magia de tu poeta, te ponen a flotar ingravidamente lejos de todo erótico escándalo, como algo que no eres ni tu misma corporeidad concreta, como algo que se resuelve y se disuelve en el aire, entre templado y frío, de tu paisaje donde el Fujiyama impera cual un dios blanco y azul. Te sentimos el velo mismo feérico y fragante, que un artista consumado pone sobre las cosas que te rodean y retira luego para dejarlas prestigiadas con su contacto instantáneo, sin el cual no las habríamos contemplado amorosamente. Te sentimos magia, poesía verdadera: riqueza de nuestro espíritu que un creador genuino ha añadido a la Naturaleza.

Pero no te ha incorporado con manidos recursos retóricos ni ha violentado su expresión con tirana métrico. "Has entrado en su interior con un rumor de aguas" y con un rumor de aguas te erige par la contemplación estética y humana. De su propia circunstancia te levanta con una dulzura y naturalidad, parejas de la tuya:

*"He surcado estas islas que te dieron la vida
y he sentido en la frente el agua de tus mares.
La armonía de tus islas, tus verdes litorales,
han llenado mis ojos con sus mágicas formas,
y en cada retazo de este paisaje diáfano
que la lluvia sostiene con líquidos cristales
te miro a ti intacta, niña de Yokohama.*

*¿De dónde me llegaste tú de piel como el aire,
de cabellos de brisa que la noche ha teñido,*

*de vientre cincelado en cálidos marfiles
y de muslos esbeltos como los tiernos pinos?*

*Quiero mirar en ti el rostro de estas aguas
y el cuerpo de esta tierra de entrañas encendidas.*

*.....
No importa que los días hagan distante el tiempo
y que infinitos mares separen tu presencia,
si tu recuerdo un arco tiende sobre los aires
y te alzas en dominios de insulares contornos.
Eres como tus islas circundadas de espuma
que leves golondrinas coronan en la tarde,
eres como los pinos ceñidos a los montes
a cuyos pies el agua de los arroyos canto."*

¡Cuánta tersura, armonía, fluidez, realismo delicado sin el menor énfasis ni estridencia, afinamiento del instrumento lírico hasta la cadencia cabal, pureza contemplativa como un tacto de corolas, en el estilo elevadísimo de tu poeta venezolano, Niña del Japón!

A qué distancia nos hallamos ahora del rígido contorno de los diamantes líricos de Rubén: "Amame japonesas, japonesa — antigua que no sepa de naciones — occidentales: tal una princesa — con las pupillas llenas de visiones — que aun ignorase en la sagrada Kyoto — en su labrado camarín de plata — ornado al par de crisantemo y loto — la civilización de Yamagata". Este diamante del maestro del modernismo ha sido reemplazado por unos "líquidos cristales". Estas estrofas, admirables, pero hechizas y duras, no reflejan bien el suave discurrir de la ensoñación.

Y ensoñación tierna, blande, un poco gris como la lluvia, alternada con rayos de sol, albura de nieve y color y olor de hojas y flores en un panorama insular, lleno de recogimiento y simpatía y expresado por un gran talento lírico, tamizado por un corazón extraordinariamente sensitivo, es lo que a través de tu poeta nos has regalado para siempre, "Niña del Japón".

FÉLIX ARMANDO NÚÑEZ

Barco negro, de CARLOS ROZAS LARRAÍN.

Empresa Editora Zig-Zag, Santiago de Chile, 1963.

Es famoso en la literatura rusa el caso de Turguenef, cuando se reveló al público del resto de Europa con sus cuentos de un cazador. Hombre a caballo, el autor relataba allí los amaneceres en el campo, esas largas caminatas al sol y bajo la lluvia que deben hacerse para llegar a los sitios más frecuentados de las aves, y finalmente el júbilo, algo infantil, si se quiere, del cazador que cuenta las piezas cobradas, al término del día. Si esto, ade-